

HIJOS DE HYBRIS

Jerónimo López Mozo

TEATRO
COLECCIÓN "PREMIO BUERO VALLEJO"

**JURADO DEL XVIII PREMIO
DE TEATRO BUERO VALLEJO
CIUDAD DE GUADALAJARA, 2002**

- D^a MARÍA DEL MAR REBOLLO CALZADA
- D. ANTONIO DEL REY BRIONES
- D. MANUEL PÉREZ JIMÉNEZ
- D. JUAN MANUEL JOYA TORRES
- D. PEDRO FERNÁNDEZ-JORDÁN FERNÁNDEZ

Jeronimo López Mozo
HIJOS DE HYBRIS

**ACCÉSIT DEL XVIII Premio de Teatro BUERO VALLEJO
CIUDAD DE GUADALAJARA, 2002**

CONVOCA:



PATRONATO DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA

AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA PATRONATO DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA PATRONATO DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA PATRONATO DE CULTURA

EDITA: **PATRONATO DE CULTURA
AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA**

Edición al cuidado de **Santiago Manzano**

IMPRIME: **GRAFICAS MINAYA, S.A. - GUADALAJARA**

ISBN: **84-87874-37-1**

DEPÓSITO LEGAL: **GU-166/2003**

HIJOS DE HYBRIS

Jerónimo López Mozo

MI CONTRIBUCIÓN A LA PRESENCIA DEL TERRORISMO EN EL TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO

A los autores de teatro españoles actuales se nos acusa de muchas cosas, entre otras de no ocuparnos de los asuntos que más preocupan a la sociedad. A la hora de concretar, se pone el ejemplo del terrorismo de ETA. Es cierto que el compromiso que mantuvimos en el pasado los que ya ejercíamos de dramaturgos ha ido perdiendo fuerza y no es aventurado atribuirlo a los profundos cambios políticos que se han producido en España en las últimas décadas. Muchos colegas entendieron que la nueva situación democrática les liberaba de una militancia asumida como contribución a la lucha contra la dictadura. Acabada ésta, el teatro no tenía por qué seguir siendo tribuna desde la que denunciar las arbitrariedades del poder. Restaurada la libertad, cada mochuelo a su olivo. Nunca he estado de acuerdo con esa idea, pues, en mi opinión, una de las tareas del intelectual es controlar con talante crítico a quiénes ejercen el poder, aunque lo hagan desde la legitimidad democrática. Pero la realidad es la que es y hay que aceptarlo, como también, con mayor lógica, que las nuevas generaciones de autores, que no vivieron aquellos años, se interesen más por sus problemas personales que por los de su entorno. Admitamos, pues, que, para bien o para mal del arte escénico, el interés de los autores de teatro por las grandes cuestiones es escaso. Digamos en nuestro descargo que, a las razones apuntadas, habría que añadir el rechazo de amplios sectores del público a un teatro que obliga a pensar. Sus preferencias son otras y los empresarios, a la hora de producir o contratar espectáculos, suelen tenerlas en cuenta.

Pero lo que me importa decir es que, a pesar de la desbandada producida entre los veteranos y el notable desinterés de los jóvenes, hay un grupo de autores que escriben un teatro política y socialmente comprometido. Otra cosa es que llegue a los escenarios con la frecuencia deseable. Por eso, me parece injusta la acusación, sobre todo si el que la formula conoce las dificultades — a veces contribuye a crearlas — a las que han de enfrentarse los autores españoles para dar a conocer sus obras cuando su contenido no se ajusta a las leyes de la oferta y de la demanda que rigen en el mercado teatral. En el caso del terrorismo, es verdad que difícilmente encontraremos en la cartelera obras que traten de él y mucho menos del de ETA. Pero las hay. En algunos casos, sus autores abordan la cuestión de forma tangencial, pasando por ella como de puntillas, pero no faltan los que lo hacen conscientes de que estamos ante un fenómeno que nos toca de cerca y que el intelectual comprometido no debe eludir. Mientras escribo estas líneas van acudiendo a mi memoria los nombres de algunos dramaturgos que de forma más o menos explícita se han ocupado del tema: Borja Ortiz de Gondra, Sergi Berbel, Javier Gil Díaz Conde, Alberto Miralles o el anónimo autor de *Eusk*. A ellos podría añadir no menos de diez piezas inéditas que he tenido ocasión de leer por formar parte de diversos jurados de premios teatrales. No todas poseen la calidad suficiente para ser publicadas o representadas, pero, para lo que aquí importa, no deja de ser llamativo su crecido número.

Con *Hijos de Hybris* he querido añadir mi nombre a esa lista. Algo debo decir de su gestación y de su título. Cuando buscaba información sobre la materia, me llamó la atención que los autores materiales de los atentados fueran cada vez más jóvenes. Algunos eran adolescentes formados en la kale borroka que, a los ojos de sus jefes, habían hecho méritos suficientes para dejar a los recién llegados la tarea de arrojar artefactos incendiarios y esgrimir una pistola

con la que contribuir, a su manera, al proceso de construcción nacional. Sospechaba que, por su edad, no tienen tiempo de formarse intelectualmente, ni, en consecuencia, de poseer un ideario propio, con lo que difícilmente pueden encontrar argumentos con los que justificar sus actos. Que la sospecha era fundada vinieron a confirmármelo las declaraciones prestadas ante los jueces por los que eran detenidos. Son la voz de sus amos y, en no pocos casos, se hacen eco del discurso escuchado en sus propias casas. “Estamos peleando por el futuro del país, hacemos falta”, decía uno, seguramente incapaz de imaginar ese futuro, pero convencido de que el oficio de pistolero era el camino más corto para llegar a héroe.

Poco a poco me fui deçantando por este aspecto del terrorismo. Me propuse meterme en la piel de uno de esos muchachos y sacar a la superficie sus sentimientos más íntimos, saber que sienten la primera vez que apoyan el arma en la nuca de su víctima, como viven las horas y los días siguientes —algunos celebran el éxito con una opípara cena regada con champagne-, si alguna vez, como leí en algún sitio, se plantean que matar a un hombre no es defender una doctrina, sino matar a un hombre. . . ¿Hay alguna sombra de arrepentimiento, aunque sea pasajera? ¿Y de hastío? ¿Es posible que durante las largas horas de soledad a las que forzosamente les obliga la clandestinidad o las que pasan en la cárcel los que caen, sus mentes estén permanentemente en blanco? No, puesto que existe la figura del arrepentido.

Di a la obra la forma de monólogo, no por economizar medios que facilitarán su puesta en escena, sino porque quise dejar sólo al terrorista, enfrentado a sus actos, reflexionando sobre ellos libre de influencias ajenas. Elegí, en principio, dos momentos de su vida: el que sigue a su bautismo de fuego y, años después, cuando abandona la cárcel y sabe que nunca se encontrará en la calle con las que

fueron sus víctimas. Más tarde decidí intercalar una escena inspirada en un hecho real, que, en mi opinión, podía contribuir a completar el retrato del pistolero. ETA atentó en Granada contra el fiscal Luis Portero, hiriéndole gravemente. Murió tras cuatro horas de agonía y su familia decidió donar sus órganos para que fueran trasplantados a enfermos que los necesitaran. De alguna forma, aquella vida extinguida había alumbrado las de otros seres humanos. Cada uno de ellos era portador de una parte del cuerpo del fiscal, de modo que la víctima seguía entre nosotros. Francisco Umbral tituló una de sus columnas periodísticas “La resurrección de la carne” y en ella decía que se había disipado un pensamiento, un humo, pero que el fiscal seguía vivo, porque sus vísceras ya palpitaban y lucían en otros. Mi personaje comparte esa idea y siente la frustración del que, creyendo haber eliminado a un enemigo de la causa, ha multiplicado su número, de modo que se ve abocado a buscarlos uno a uno para cumplir el encargo recibido de la organización.

Respecto al título de la obra, alude a los hijos modernos de la diosa griega Hybris. Hybris fue amante de Júpiter y madre de Pan. Pan nació en Arcadia y aunque fue un dios de los campos, de los pastores y de los bosques, también producía pánico por su aspecto terrorífico. Julio Caro Baroja buscaba las raíces de ese fenómeno que lleva a los líderes terroristas a reclutar jóvenes para nutrir sus organizaciones, y a los jóvenes a sentirse atraídos por el reclamo de sus inflamados discursos, y las halló en esa parcela de la mitología griega. Según él, nuestros terroristas adolescentes y Pan tienen en común una violencia arrogante a la que induce la propia fuerza física, la pasión ciega, violencia que implica la ruptura de la ley, el ultraje personal, el carácter pasional y la naturaleza específica de una acción siempre violenta. No encontré mejor título para mis monólogos.

Jerónimo López Mozo

HIJOS DE HYBRIS

BAUTISMO DE FUEGO
TODOS VOSOTROS SOIS ÉL
AÑOS DESPUÉS

BAUTISMO DE FUEGO

Escenario oscuro. Sobre el telón de fondo se proyectan las imágenes móviles de algunos bocetos de los inventos de Leonardo da Vinci. Lo recorren lentamente, de arriba abajo y de izquierda a derecha, como en las pantallas de los ordenadores encendidos cuando el teclado o el ratón permanecen inactivos. De fuera llega el sonido de una puerta que se abre y se cierra. Enseguida, el chasquido de un interruptor de la luz o, quizás, el de una tecla del tablero -la de «intro»- al ser pulsada. A un tiempo, el escenario se ilumina y las imágenes del fondo desaparecen. Se oyen unas arcadas acompañadas de vómito. Cuando cesan, un joven de entre veinte y veinticinco años, vestido con pantalón vaquero y cazadora de cuero, entra en escena: una habitación cualquiera en cualquier casa de cualquier barrio habitado por la clase media de cualquier ciudad. Mobiliario escaso de escasa calidad. Lo esencial, una silla y una mesa. Objetos, pocos. Entre ellos, una botella de güisqui y un vaso sobre la mesa. En un rincón, una mochila.

El joven jadea. Se limpia la boca con un pañuelo. Apoya la espalda en la pared y cierra los ojos. Cuando la respiración se hace normal, los abre. Recorre la estancia con la mirada y empieza a sonreír. Lanza un grito contenido que parece liberar todo su cuerpo de ligaduras invisibles. Encaja el puño en la palma de la otra mano. De un bolsillo extrae un pasamontañas, que arroja al suelo. De otro, una pistola. Se desplaza por la habitación fingiendo disparar en todas las direcciones, acompañando la acción con voces que imitan el sonido de las detonaciones. Al cabo, deja el arma sobre la mesa. Se sirve de la botella. Apura el vaso de un sólo trago. Vuelve a llenarlo. Ahora paladea la bebida. Parece como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor. Se desprende de la cazadora y la cuelga del respaldo de la silla, sin prisa. Tampoco la tiene para hurgar en la mochila hasta dar con lo que busca: un pequeño magnetófono y una cinta virgen. La desenvuelve y la introduce en el aparato. Luego se sienta ante la mesa, lo apoya en el tablero y lo pone en funcionamiento. A medida que habla, un cursor va recorriendo la superficie del fondo, que se ha ido tiñendo de azul, dejando, a su paso, un vago rastro de palabras.

JOVEN: Lo prometido es deuda.
Quedamos en que el que se estrenara le contaría al otro la experiencia. En caliente.
Me ha tocado a mí. Lo siento, chaval. ¿Me lo perdonas?
¿Por dónde empezar para explicar lo que se siente?
Porque esto es otra cosa.
¿Sabes?
Nada que ver con quemar un cajero o un contenedor y salir corriendo. Ni siquiera con enfrentarse a los perros en la Alameda.
Te digo que es otra cosa.

hay un tío con nombre y apellidos, con la cara descubierta, que va y viene como todo el mundo, sale de casa, enciende un pitillo, compra el periódico, lo guarda en la cartera de mano, le sigues, entra en el bar a tomar el desayuno y tú desayunas cerca de él, le acompañas hasta la Facultad, esperas en el jardín a que salga de clase o en el bar de alumnos, los martes se retrasa porque pasa por su despacho. Tú vas dónde él va. Le observas. Así un día tras otro, los que hagan falta. Le vas conociendo cada vez un poco más, más que sus amigos, que los demás profesores, más, si me apuras, que su mujer o sus hijos, porque ellos hablan con él, pero no espían sus movimientos. De pronto, cuando empiezas a acostumbrarte a su presencia, cuando, si te descuidas, le das las buenas tardes, llega la orden de actuar. Entonces, sólo entonces, adviertes que no será lo mismo disparar a bocajarro a ese hombre con nombre y apellidos que hacer frente con un adoquín en cada mano a un tipo de uniforme, con la cara oculta tras una visera y que se protege con un escudo.

Otra cosa, ya te digo.
Se te hace raro.
Te salva saber lo que ese tío representa.
Sale de casa.
Él no sabe que no volverá a poner los pies en ella.
Tú, sí.
Saca un pitillo de la cajetilla.
Lo enciende.
Compra el periódico. Sólo leerá los titulares.
Toma su último desayuno.
Se despide del camarero, de algún conocido.
Hasta mañana, dice.

Hace la vida de siempre. Hoy es martes. Subirá al despacho cuando acabe la clase.

Pura rutina.

La suya. Rutina la suya.

Para ti no hay rutina.

Aparentemente, repites lo de todos los días. Le sigues. Mantienes la distancia de siempre. Nunca demasiado cerca. A veces, cambias de acera. O te adelantas al sitio por el que ha de pasar y le aguardas mirando un escaparate. Precauciones necesarias. Pero haces algo nuevo: palpas la pistola, compruebas que está a punto, lista para ser usada. Te pasas todo el tiempo sobándola, temeroso de que, en el último instante, falle. Se va acercando el momento. En un rincón del vestíbulo, cuentas los minutos que faltan. El tipo sale del aula. Se entretiene con algunos alumnos. Luego, coge el ascensor. Tú esperas al viaje siguiente. En el pasillo, te cruzas con un bedel. Te da los buenos días. Esperas a que desaparezca. Entonces, te cubres el rostro con el pasamontañas. Llegas a la puerta de su despacho. Está abierta. Sabes que nunca la cierra, que cuando alguien llama responde: «pase». La empujas. Está enfrente, sentado al otro lado de la mesa, consultando unos papeles. Alza la vista y te ve con la pistola en la mano, apuntándole. De pronto, se levanta. No tiene tiempo para otra cosa. Disparas. Se desploma sobre la mesa. Miras a tu alrededor. Aun tienes tiempo de apoyar la pipa en la nuca y disparar una vez más.

Por si acaso.

Sobre la escritura del fondo aparecen, en rápida sucesión, imágenes fragmentadas y borrosas de la acción que describe el jo-

ven: la pistola, el rostro de un hombre sorprendido, el mismo rostro con gesto de terror. La silla caída, la mesa llena de libros, la cartera de mano, papeles esparcidos por el suelo, libros, el exterior -sólo cielo- visto a través de ventana, la piel rota, sangre, el cañón apoyado en la nuca. Más sangre. En el traje del hombre abatido, en el suelo, en las paredes, en el techo, en la mesa, en los libros, pequeñas manchas irregulares que crecen y se juntan hasta convertirse en una gran mancha roja que se extiende rápidamente sobre toda la superficie. El joven se levanta.

Luego sales del despacho. Dejas la puerta abierta. Corres por el pasillo, hacia la escalera. Oyes voces, carreras, gritos. Mientras bajas saltando los escalones de cuatro en cuatro, te quitas el pasamontañas. Empiezas a notar que las ideas se alborotan en tu cabeza. Inútil intentar ponerlas en orden, razonar. Cruzas el vestíbulo a paso normal, para no llamar la atención. En cuanto estás fuera, otra vez a correr. No como hacemos después de prender fuego a un autobús. No hasta la primera esquina, para asomarte y ver las llamas. Es otra cosa. Corres como si una muchedumbre viniera pisándote los talones. Sientes pasos, vuelves la cabeza y, detrás, nadie. Son tus pasos los que oyes. Pero corres y corres para alejarte de la Universidad, del sitio por el que, en ese momento, estás pasando. Es otra cosa, sí señor. Como lo oyes. Para empezar, estás solo. Más solo que la una. Cuando huyes, nadie a tu lado. No te sientes protegido. Echas de menos que los colegas te jaleen. De pronto, llegas ante tu casa. Paras en seco. Temes que todos los vecinos estén asomados a las ventanas y los balcones. ¿Qué dirían al ver tu extraño comporta-

miento? Miras hacia arriba y se te antoja que hay más ventanas de las que creías, más balcones, que toda la fachada está llena de ventanas y de balcones y que mil ojos te observan. Esperas que, de un momento a otro, alguien que ha oído por la radio lo sucedido sospeche de ti y te señale. Cruzas la calle fingiendo normalidad. Te metes en el portal, pero sigues sin tenerlas todas contigo. Temes encontrarte con algún vecino. Todos los días te encuentras con alguno, es inevitable. Hola y adiós. Buenos días. Buenas tardes. Pero hoy, mejor que no te vean. Cuando entras en la madriguera y cierras la puerta, respiras. Te apoyas en la pared. Cierras los ojos. Así.

El joven recrea, más relajado, lo que hizo al llegar. Vuelve a apoyarse en la pared y a cerrar los ojos. los abre.

No te crees que estás aquí, vivito y coleando.
¡Pero estás, coño!
¡Estás!

De nuevo se golpea la palma de la mano con el puño. Da una patada al pasamontañas. Se sirve güisqui y, antes de beber, alza el vaso.

¡Por la independencia! ¡Por el socialismo!
¡Por mi bautismo de fuego!
¡Por que el tuyo no tarde!

Bebe.

Ojalá te toque pronto. Haces falta. Hacemos falta todos. Hemos metido la quinta marcha. No hay quién nos pare.

Oye, cuando oigas la cinta, al llegar aquí, a lo que estoy diciendo ahora, agarras una botella y un vaso, te sirves y, antes de trasegar, brindas. Por los mismo que yo. Por la independencia. Por el socialismo. Por mi bautismo de fuego. Por el tuyo, para que llegue enseguida. ¿Estás haciendo lo que te digo?
No me falles, cabrón, no me falles.
Yo brindo aquí y tu brindas ahí.
Como si estuviéramos juntos.
Como hicimos el día en que hostiamos al chulo aquél.
Hijo de puta el periodista.
¿Te acuerdas?
«Esto lo has escrito tú?»
¡Leña!
Por cada línea, una leche bien dada.
Y para que no vuelvas a insultarnos, a llamarnos individuos, descerebrados, fanáticos, fascistas y otras lindezas por el estilo, una patada en los cojones.

Calla. Se sienta. Mientras la cinta avanza, parece recordar aquel episodio. Sin darse cuenta coge la pistola que dejó sobre la mesa y la acaricia.

¿Sabes lo que tengo en la mano?
La pistola.
Una Astra.
Como la que nos enseñó el veterano que nos dio la charla en la taberna.
Si queremos llevar adelante el proceso de construcción nacional, no hay más camino que el de las armas. La acción directa. Lo nuestro no se arregla con palabras, chavales. Así de claro lo dijo.

También, que un militante tiene que estar dispuesto a todo.
A todo, insistió.
A oír que le llaman pistolero, como si fuera un atracador o un mercenario.
Mercenarios, ellos.
Ellos, que cobran por perseguirnos.
Dijo más.
Algunos no llegarán a conocer la victoria.
Otros lo harán desde la cárcel o el exilio.
A esto nadie se apunta obligado.
Cada uno elige su vida y yo elegí ésta.
Como nosotros.
Lo decidimos en aquél momento.

Estira el brazo y apunta al frente, a un objetivo indeterminado.

En el momento de la verdad, lo mejor es no pensar en nada.
Recibes la orden.
Borrar del mapa a uno.
A un enemigo.
A un e-ne-mi-go.
Tienes lo necesario para cumplirla. La orden. Lo necesario.

Moviendo ligeramente la pistola.

Ésta. Una mano para sujetarla. Un dedo para apretar el gatillo. Y valor. No hay que darle más vueltas.

Aprieta el gatillo. Cada vez que lo hace suena el percutor y la mancha del fondo se agita como si recibiera el impacto de una bala. Al cabo, en el centro de la marea sangrienta, se va dibujando el rostro destrozado del hombre muerto. Del exterior llegan ruidos. Algunas voces. Gente que sube o baja por la escalera del inmueble. Como siempre. El joven se sobresalta. Interrumpe el juego. Escucha. Apaga el magnetófono y sale de la estancia en dirección a la puerta de la calle. Al poco, reaparece. Su mirada se fija en el rostro proyectado en el fondo. Le cuesta apartarla. Cuando lo consigue, regresa a la silla. Deposita la pistola en la mesa y acaricia el magnetófono. Al fin, lo pone de nuevo en funcionamiento. Tarda unos segundos en retomar la palabra.

De todos modos, mejor no verle la cara.

Mejor no vérsela.

El tiro en la nuca, ¿sabes?

Yo, la próxima vez, en la nuca.

Rápido, antes de que vuelva la cabeza.

De frente, no.

No me preguntes por qué.

No es que por verle la cara vayas a arrugarte, que va.

Yo se la he visto y ya me ves... tan campante.

Interrumpe la grabación. Rebobina la cinta y escucha sus últimas palabras. Parecen dichas por otra persona. No reconoce su voz.

VOZ GRABADA: No hay que darle más vueltas.

Se oye, reproducido por el magnetófono, el ruido del percutor de la pistola y los que llegan del exterior. Tras unos segundos de silencio, vuelve a escucharse al joven.

VOZ GRABADA: De todos modos mejor no verle la cara mejor no vérsela el tiro en la nuca sabes yo la próxima vez en la nuca rápido antes de que vuelva la cabeza de frente no no me preguntes por qué no es que por verle la cara vayas a arrugarte que va yo se la he visto y ya me ves tan campante.

Hace gestos de desaprobación. Escucha de nuevo las mismas frases.

VOZ GRABADA: No ha y que dar le más vu el tas de to dos mo dos me jor no ver le la ca ra me jor no vér se la el ti ro en la nu ca sa bes yo la pró xi ma vez en la nu ca rá pi do an tes de que vu el va la ca be za de fren te no no me pre gun tes por qué no es que por ver le la ca ra va yas a a rru gar te que va yo se la he vis to y ya me ves tan cam pan te.

JOVEN: No, eso no. ¿Para qué? ¿Para qué?

Rebobina la cinta por tercera vez. Escucha.

VOZ GRABADA: Un dedo para apretar el gatillo. Y valor. No hay que darle más.

JOVEN: ¡Aquí!

Pulsa la tecla de parada. Sobre las imágenes del fondo aparece un rótulo intermitente en el que se lee: «Bloque activado. Borrar Bloque. No (St)».

Suprimido. No me gustaba.

Reanuda la grabación. El cursor vuelve a recorrer la pantalla, dejando de nuevo, tras de sí, borrosas, las palabras del joven.

Te decía eso, que no hay que darle más vueltas.
El que me enseñó a manejar la pistola y a preparar explosivos,
un profesional como la copa de un pino, ni te lo imaginas, un manitas,
el tío me confesó que, al principio, lo pasó mal.
No mientras cumplía el trabajo, sino luego, que nunca se la había comentado a nadie, no por nada, pero que de pronto se le había ocurrido que a lo mejor era bueno que yo lo supiera.
«Lo peor viene cuando llegas a la madriguera», me dijo.
«Respiras tranquilo, te cruzas de brazos y a esperar. ¿A esperar qué? ¿A que alguien venga a darte palmaditas en la espalda y un poco de palique? Pues no señor. A que dejen de peinar la ciudad y puedas asomar la sesera para que le de el aire. No sabes qué hacer para matar el tiempo».
A él se le ocurrió poner la radio, para oír música.
«No pongas la radio», me dijo.
«Es lo peor que puedes hacer».
Él la puso y lo primero que oyó fue la noticia del atentado.
¿Te imaginas?
El locutor contándolo a su manera, hablando con unos y con otros. Un testigo ha visto a un hombre corriendo, le reconocería si volviera verle, el del bar ha oído los disparos, dos o tres, cuatro según un taxista, creía que había reventado un neumático,

la del quiosco, y el locutor encuentra, al fin, a alguien que le conocía, al muerto, digo. Un vecino. Y el vecino, que era un buen hombre, muy apreciado en el barrio, una bellísima persona, educada, incapaz de hacer daño a nadie. Vaya, un ejempló. Va llegando gente con ganas de meter baza y el de la radio encantado. La copla: otra muerte inútil, otro día triste, de sufrimiento, un atentado contra la convivencia, contra un ser indefenso, un aviso de que todos los ciudadanos están en el punto de mira de esa banda de asesinos. Hablan de su familia. Los padres, la mujer. Los hijos. Esas criaturas. Salen a relucir sus compañeros. Se llevaba bien con todos. La cosa no acaba ahí. Se dice algo de sus aficiones, de su amor a la vida. La cantinela de siempre. Cosas para conmover a la gente, para desviar el tema. Me dijo que no llegó a arrepentirse de lo que acababa de hacer, pero que tuvo miedo a que le empezaran a entrar dudas, a compadecerse del muerto, a comparar el dolor de su madre con el de las madres de nuestros compañeros presos... Fuerte, ¿no?

Yo le miraba y no terminaba de creerme que un tipo que parecía estar de vuelta de todo, hubiera tenido ese problema. Reconoció que, en momentos así, hay que tener mucha fe en lo que haces para no sentirte un mierda y que, como él empezaba a perderla, no encontró mejor solución que pasarse horas y horas, una detrás de otra, repitiendo hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta, convencándose a sí mismo de que el fulano era un hijo de puta que había recibido su merecido. No respiró hasta que los de arriba reivindicaron la acción. El comunicado puso los

puntos sobre las íes. El muy rácano se negaba a pagar el impuesto revolucionario. La mosquita muerta no estaba en el punto de mira porque sí. Ella misma, solita, se había colocado en el centro de la diana. Por fin oía lo que necesitaba, que alguien dijera que hizo lo que tenía que hacer. Tomé buena nota. Así que cuando me entregaron la Astra y me marcaron el objetivo, pregunté: ¿qué ha hecho ése?
Contar safaris.
Eso me dijeron:
Contar safaris.
¿Tú sabes qué es eso de contar safaris?
Yo, ni idea. Pero no dije mu.
Ya lo averiguaré por mi cuenta, pensé para mis adentros.
Y lo averigüé, vaya que lo averigüé.
Voy a confiarte un secreto.
De esto, ni una palabra a nadie.
Me pasé por el forro de los cojones todas las normas de seguridad.
Hay que evitar riesgos y uno los evita.
Por la cuenta que te trae.
Pero a veces tu calibras el peligro y ves que no es para tanto.
Necesitas oír al tipo, saber lo que decía.
No me pareció que entrar en su clase fuera un disparate.
Estuve tentado varias veces, pero siempre, a última hora...
Bueno. Por fin me decidí.
No se fijó en mí. Él iba a lo suyo.

Lo suyo era largar y largar.

Un coñazo.

Para dormirse.

Pero de pronto, oyes algo que te espabila, una música que te suena.

Un alumno comenta algo así como que, si todos cedieran un poco, acabarían las ejecuciones. «No hable de ejecuciones», dijo el profesor. «¡No hable de ejecuciones! ¿Acaso actúan cumpliendo alguna sentencia dictada por un tribunal de justicia? ¿Respondan!». Se levantó y nos señaló a todos. «¡Respondan! ¿Nadie responde?». Un silencio que te cagas. «Cuando nos refiramos a esos aberrantes actos, llamémosles por su nombre: asesinatos». Volvió a mirarnos de una forma, no sé de qué forma.

Rara.

Como arrepentido de haber levantado la voz.

El caso es que pidió perdón.

Luego, bajó la cabeza y estuvo un buen rato mirando al suelo. No sé cuánto. Bastante.

Cuando parecía que no iba a decir ni pío, se dirige al que había hecho el comentario.

«De modo que, en su opinión, si todos cedemos un poco... La mía es otra. Tal vez quiera conocerla. Tal vez quieran conocerla sus compañeros. Verán. El asesinato de un ciudadano indefenso e inocente es la mayor afrenta contra el sistema de libertades. Un atentado contra los derechos humanos. Nadie puede sostener que detrás de estas bárbaras acciones existe una causa política. Matar a un hombre no es defender una doctrina. Es matar a un hombre».

Duro, ¿eh?

Pero que muy duro.
Y eso sólo fue el principio.
Lo que vino después me lo callo.
Te subirías por las paredes si lo oyeras.

El joven guarda silencio, pero el cursor sigue desplazándose por la pantalla. Las palabras que pronunció el profesor y que él calla van apareciendo nítidas: «Cuando se justifica el crimen en nombre de una causa, esa causa acaba convirtiéndose en un pretexto y el crimen en un fin. Donde hay democracia, cualquier divergencia, por grave que sea, puede resolverse mediante el diálogo. Si esos desalmados tuvieran un poco de sentido común, pondrían fin a la cosecha de sangre, dejarían de sembrar el terror». El joven pega un puñetazo sobre la mesa.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!
¿Desalmados?
¿Sentido común?
¿Terror?
Por ahí iba el rollo.
Terror el suyo.
Nosotros actuamos en legítima defensa.
¿Acaso hay otra forma de atajar la violencia del Estado opresor?
Es el camino, no hay otro. El de las armas.
Hablan alto y claro.
Un disparo vale más que mil palabras.
Eso lo decía... Bueno, quién fuera.
Y si el mensaje no se entiende, otro disparo. Los que hagan falta.
Todo menos callarnos.

En la pantalla, la escritura no cesa: «Pero no lo harán. Les asusta el debate. Confían más en las armas. Están convencidos de que sólo con ellas en la mano lograrán que la sociedad bingue las rodillas y se pliegue a sus designios. Si encuentran resistencia, extenderán aún más el terror, suponiendo que sea posible. Ya están preparándose para resucitar, si al final todo les falla, la idea del exterminio, como corresponde a su papel de nuevos nazis. Añadir al atentado selectivo el de carácter arbitrario e indiscriminado, alternar el tiro a quemarropa con el estallido de coches bomba es el primer paso en esa línea».

Si necesitaba una coraza para vencer cualquier desfallecimiento, la había encontrado.

Tipos así, no merecen vivir.

Hay que destruir sin piedad a esos mamporreros intelectuales.

Con qué descaro mienten.

¡Dios! Le hubiera matado allí mismo.

y a los que le escuchaban embobados, diciendo que sí con la cabeza, también.

Me lo pedía el cuerpo.

Si no quieren palmar antes de tiempo, que se callen, joder, que se callen.

Que se callen o que se vayan.

Si para conseguirlo hay que poner muerto sobre muerto, se pone.

¡Faltaría más!

Mamones.

Lobos con piel de cordero.

Nadie les ha pedido que hablen y menos para decir lo que dicen.

¿Qué esperan?

¿Que les dejemos joder la marrana?
De eso nada.
Y si no que miren a ese figura.
Cualquiera de ellos puede ser el siguiente.
Por nosotros que no quede.
Si buscan guerra, la encontrarán.
Guerra y muerte.

Calla durante unos segundos y sonrío.

Si esos cabrones me oyeran, dirían que estoy haciendo apología del terrorismo.
¿Qué te parece?

Medita si le queda por añadir algo. Cuando parece llegar a la conclusión de que todo está dicho, se encoge de hombros.

Es todo, colega.

A punto de interrumpir la grabación, algo le viene a la cabeza.

Una advertencia.
Cuando oigas la cinta, la borras.
Y ni una palabra a nadie.
A nadie, ¿entendido?
Ni a mis padres.
Si los ves y te preguntan, que no sabes nada.
Si acaso, a mi padre, solo a él, a mi madre no, a él solo, le tranquilizas. Le dices algo así como que estoy en lugar seguro, ocupado en asuntos importantes, que ya tendrá noticias mías.
Si el viejo supiera...

Si supiera lo de hoy.

Mejor que no.

Se preocuparía. Y no quiero. Diría que estoy loco, como el día que me pillaron en plena faena, ¿te acuerdas?, cuando quemamos las banderas. «Estas loco, hijo», me gritaba delante de su amigo el comisario. «Es un chaval, estos chavales actúan sin pensar, no miden lo que hacen», me justificaba. «Dale las gracias al comisario, que si no es por él no sales de rositas». Y al comisario: «Yo me ocupo del muchacho, yo respondo de que no se meta en líos». Y luego, en la calle, a la vuelta de la esquina, me da un abrazo y me suelta, así, de sopetón: «Estoy orgulloso de ti». ¿Qué te parece el viejo?

Siempre dando la cara por mí, siempre.

Hasta el final, hasta ayer como aquél que dice.

Llego a casa y me lleva a su despacho. «No sé por qué te buscan, pero te buscan. ¿Esta vez ha sido algo gordo?».

Un conductor de autobús que se puso borde, como si el vehículo fuera suyo.

«Yo estaba allí, pero no participé en la paliza», le mentí.

Metió la mano en el cajón y me dio un fajo de billetes.

«Desaparece antes de que vuelvan».

No me hacía falta el dinero, tenía dónde ir, pero ya ves: un detalle.

Ahora sí, agur.

Lo mismo, cualquier día, cuando escampe, hago una escapada y te busco por los bares de la parte vieja. ¿Que te parece la idea? Tomamos unos chi-

quitos, nos reímos un poco y cada uno a su guarida.

En eso quedamos.

Levantándose, solemne.

¡La lucha y el compromiso hacen inevitable la victoria!

Interrumpe la grabación. El cursor se detiene. Al tiempo que rebobina la cinta, aparece un rótulo que reza: «Ver documento». Escucha sus últimas palabras y éstas aparecen escritas ocupando una página.

VOZ GRABADA: Por los bares de la parte vieja qué te parece la idea tomamos unos chiquitos nos reímos un poco y cada uno a su guarida en eso quedamos la lucha y el compromiso hacen inevitable la victoria.

El tamaño de las letras va creciendo, hasta que, en la página, sólo permanece la última frase: «La lucha y el compromiso hacen inevitable la victoria». Visiblemente satisfecho, apaga el magnetófono. En un rótulo se lee: «¿Archivar documento? Sí (No)».

JOVEN: Claro que sí.

El joven contempla extasiado la frase. Se vuelve hacia el magnetófono. Parece haber olvidado decir algo. Lo toma en sus manos. Duda. Al fin se decide a ponerlo de nuevo en funcionamiento.

Quiero añadir algo.
Si en una de estas te cazan bien cazado y cascas, yo ya sé que los tuyos te lloran.
Los tuyos y muchos más.
Pero, si ha de ser así, que no suceda enseguida.
Quiero tiempo para demostrar que soy de los mejores.
Un patriota con una hoja de servicios acojonante.
De esas que dan derecho a que te nombren hijo predilecto de dónde naciste y a que tu cadáver sea expuesto en el salón de plenos del ayuntamiento, delante de un cartel en el que ponga con letras así de grandes: «El pueblo no te olvida». Apuesto a que, cuando oigas esto, pensarás: «Mira, mira, mira con lo que sale el amigo. ¡Nos ha jodido! Eso lo queremos todos».
¿A que sí?
¿A que lo estás pensando?

Apaga definitivamente el magnetófono. Coge la pistola.

Ya está fría la condenada.
Está pidiendo guerra.
¿Por qué no descansamos un poco, muñeca?
Ha sido un día muy ajetreado.

La acaricia. Sin soltarla, se recuesta sobre la mesa. El sueño se va apoderando de él. Instantes después, duerme profundamente. Regresan a la pantalla imágenes móviles, como al principio. Sin embargo, no reproducen los bocetos de Leonardo. Las de ahora corresponden a instantáneas tomadas tras cualquier atentado: cuerpos tendidos en el suelo cubiertos con mantas, vehícu-

los destrozados, ambulancias... Todo en color sepia. Se va haciendo el oscuro. En medio del silencio, percibimos la respiración plácida del joven. Las imágenes continúan recorriendo la pantalla, de arriba abajo, de izquierda a derecha. Nadie diría que están siendo soñadas por el joven.

TODOS VOSOTROS SOIS ÉL

I

Un maniquí. Un hombre llega junto a él. Empuña una pistola. Alza el brazo estirado, apoya el cañón en la cabeza de la figura y dispara. Estallido sangriento.

HOMBRE: Misión cumplida. Borrado del mapa. Éste no vuelve a nacer.

II

El refugio del pistolero. Un sillón tapizado en tela, una mesita baja y un televisor portátil con la pantalla mirando al asiento. El hombre enciende el aparato con el mando a distancia. Recorre varios canales hasta detenerse en uno que está emitiendo anuncios. A continuación, sale y entra varias veces de la habitación trayendo lo necesario para comer: plato, vaso, cubiertos, servilletas de papel, pan, una fuente metálica con medio pollo asado, un plátano y una botella de vino. Lo dispone todo sobre la mesita. Se acomoda en el sillón. Se lleva un pedazo de pan a la boca y busca otro canal. Se oye la sintonía del telediario y enseguida la voz de una locutora. Apenas se la entiende. El hombre examina el pollo. Lo trocea con ayuda del tenedor y el cuchillo y se sirve una tajada. Sube el volumen del televisor y, sin apartar la vista de la pantalla, empieza a comer. Lo hace lentamente.

VOZ DE LA LOCUTORA:

... De un nuevo acto terrorista. Un individuo, apostado junto a la escalera que conducía a su piso, efectuó un único disparo que le alcanzó la cabeza. Presumiblemente, fuera le aguardaba un compañero. Los hechos se produjeron a las dos menos cuarto de la tarde, cuando la víctima regresaba a su domicilio. Los terroristas debían conocer sus costumbres y horarios, casi siempre fijos. (*El hombre asiente con la cabeza*) Según testimonios recogidos tras el atentado, el autor material del disparo se hizo pasar por un cartero comercial y logró que algún vecino le franquease la entrada al inmueble. (*El hombre niega y se ríe*) Todo parece indicar que el individuo vio a la víctima bajarse del coche oficial y despedirse del conductor. La familia y los vecinos oyeron el disparo. Uno de ellos, que pudo verle cuando emprendía la huida, asegura que se trata de un hombre joven de mediana estatura y apariencia normal. Otro vecino encontró al herido tendido en el portal sobre un gran charco de sangre. Los servicios de emergencia acudieron rápidamente y, tras prestarle los primeros auxilios en el lugar de los hechos, le trasladaron en una UVI móvil al Hospital General.

HOMBRE:

(*Poniéndose en pie de un salto*) ¡Me cago en Dios!

VOZ DE LA LOCUTORA: El herido ingresó hacia las tres de la tarde en la UCI del hospital. Presentaba un impacto de bala con orificio de entrada entre el cuello y la nuca y de salida por el labio superior, que le ha causado la rotura de dos vértebras y de la base del cráneo. Nuestro compañero Luis Santos se encuentra en el Hospital General, al que, a lo largo de toda la tarde, no han cesado de acudir compañeros y amigos de la víctima. Luis, ¿Me oyes?

VOZ DE LUIS: Te oigo.

VOZ DE LA LOCUTORA: ¿Qué novedades hay?

VOZ DE LUIS: En estos momentos pasan algunos minutos de las nueve de la noche. El último parte médico fue difundido a las siete de la tarde por el Jefe de la UCI del hospital. En él se indica que el paciente sufrió un paro cardíaco, que logró superar. Sin embargo, el disparo ha dañado el nivel alto de la unión bulbomedular, lo que dificulta extraordinariamente su recuperación. Actualmente mantiene sus constantes vitales con ayuda de ventilación mecánica.

HOMBRE: ¡Habla en plata, joder! ¿Se muere o no?

VOZ DE LA LOCUTORA: ¿Qué evolución se espera durante las próximas horas?

HOMBRE.: ¡Dilo! ¡Dilo de una puta vez!

VOZ DE LUIS.- No puede anticiparse nada. Como he dicho, las lesiones son muy graves. Los facultativos se muestran pesimistas al respecto. Por el momento, han descartado una intervención quirúrgica.

El hombre se deja caer en el sillón. Coge la tajada de pollo. Antes de llevársela a la boca, cambia de opinión. La arroja sobre el plato y lo aparta de un manotazo.

VOZ DE LA LOCUTORA: ¿Qué ambiente se respira entre los allegados?

VOZ DE LUIS: De dolor e incredulidad. La indignación es enorme, indescriptible. Son horas de espera angustiosa. El momento más emotivo se ha producido cuando la esposa de la víctima ha llegado al hospital. (*Sin apartar la vista de la pantalla, el hombre pela el plátano y se lo come a pequeños mordiscos*) Venía desencajada, con las huellas del drama en su rostro. Las únicas palabras que ha pronunciado han sido para confesar que, al escuchar la detonación, tuvo la corazonada de que el disparo lo había recibido su marido. Estaba esperándole. No ha querido hacer más declaraciones.

VOZ DE LA LOCUTORA: Gracias, Luis.

VOZ DE LUIS: A vosotros. Hasta una nueva conexión, buenas noches.

VOZ DE LA LOCUTORA: Buenas noches. El día de hoy ha deparado otras noticias de interés. En la ciudad brasileña de...

El hombre apaga el televisor y acaba de comerse el plátano.

III

El hombre sostiene la pistola en la mano. Se dirige a ella.

HOMBRE: Hija de puta, ¿adónde estabas apuntando cuando te acaricié el gatillo? ¡Buen trabajo para tu curriculum! Una chapuza. Así, tu y yo no vamos a llegar muy lejos. ¿Sabes lo que me pide el cuerpo? Presentarnos en el hospital, meternos en la sala de cuidados intensivos y rematar al fulano. ¿Tú que dices? Nada. ¿Qué vas a decir?

El hombre saca brillo a una copa de champagne. Comprueba que no quedan ráfagas. Se vuelve hacia un espejo. Se contempla en él, alza la copa y se dirige a su propia imagen.

HOMBRE:

La ocasión, lo merece. Cascó. Más vale tarde que nunca. Iba hacia el hospital con la pipa bien cebada de parabellum nueve milímetros, dispuesto a todo. Me cuelo por la puerta de los consultorios, pregunto por la UCI y allá que me voy. Cuando llegué pensé que me había equivocado. Ni un periodista, ningún revuelo... Pregunto por el fulano a una enfermera y me dice que ha muerto. «¿Muerto?» «Ayer, murió ayer». Y yo, sin creermelo. «¿Es qué no ve la televisión?». «A veces. Hoy no», le digo a la tía. Salgo pitando a la calle. Compró un periódico y ahí está la noticia, en primera plana. *(Saca del bolsillo un recorte de prensa. Lee)* «Tras cuatro días debatiéndose entre la vida y la muerte, el paciente falleció a consecuencia de las lesiones irreversibles que sufría. Aunque a las siete de la tarde estaba clínicamente muerto, se le mantuvieron durante algunas horas las mínimas constantes vitales para proceder, de acuerdo con los deseos de la familia, a la extracción de varios órganos para su trasplante. Realizada ésta, el cadáver fue trasladado al Instituto Ana-

tómico Forense para su autopsia». (*La sonrisa se le borra y el espejo le devuelve el semblante de asombro que la sustituye*) ¿A qué viene esa cara? ¿Pasa algo? ¿Lo del trasplante, acaso? ¿Lo del trasplante? Lo del trasplante, ¿verdad? Te quitan algo para echar un remiendo a otro. ¿Y qué? Pues eso. Chapuzas para que el cuerpo aguante un poco más. ¡Nada de eso! Muerto al cien por cien. O estás vivo o estás muerto. Lo de medio vivo o medio muerto no tiene sentido. Lo que sucede es que... No sé como decirlo. Al tipo le van a enterrar a plazos. Me explico. Primero, lo que nadie quiere. Los despojos. El resto, cuando a cada uno de los beneficiarios les llegue su hora. ¿No estás de acuerdo? Lo ves de otra manera. Adelante, adelante. Te escucho. Si sus ojos siguen viendo el mundo, aunque sea desde otra cabeza, el tipo vive. (*Esboza un gesto de duda*) Sigue. Si su corazón palpita, aunque sea para bombear la sangre de otro, el tipo vive. Te gusta la ciencia ficción, ¿eh? ¡No! ¿Eso no tiene que ver? Claro que al que le amputan una pierna o un brazo vive, como vive el que le extirpan un riñón. Pero éste no es el caso. Podríamos discutirlo. Podríamos. Pero no quiero. Aunque tuvieras razón... ¿De qué te serviría? Vivo o muerto, el asunto queda zanjado en cuestión de días. De dos o tres

meses, a lo sumo. Los trasplantes producen rechazos. ¿Antes? Y ahora. Ahora también. Insistes. ¿Te has propuesto amargarme el día? ¡Está muerto! Hay una partida de defunción... Supongo. Tiene que haberla, ¿no? Y cuando le entierren, en la tumba pondrán una lápida con su nombre. Iremos a verla, para que te convenzas. ¿Qué te parece si lo dejamos? (*Espera respuesta. Se la da él mismo con su silencio*) No. No puedes. Te empeñas en seguir enredando la madeja. Lo que pasa es que yo no estoy por la labor. No me apetece. ¿Un atentado frustrado? Un atentado frustrado... ¿Por qué frustrado? ¿Por qué?

Levanta la copa y la arroja contra el espejo. Con el escenario a oscuras, se oye el estruendo de los cristales rotos.

V

El hombre sostiene un tomo de un diccionario enciclopédico. Le abre y va pasando páginas.

HOMBRE: Trans, trans, trans, trap, tras, tras, tras, tras, ¡joder!, tras... (*Se detiene en una página*) Traspillar, traspintar, traspirable, traspiración, traspisar, traspirenaico, trasplantable, que puede trasplantarse,

nos ha jodido, trasplantador, que trasplanta, una lumbrera el tío, trasplantadora, trasplantar, trasplante. Aquí. Ene, eme. Acción y efecto de trasplantar o trasplantarse. Agric y silvic... Cir. Cir.

Continúa la lectura en silencio, pero su voz sigue llegando nítida.

VOZ DEL HOMBRE: Transferencia de un órgano o fragmento de éste de un individuo a otro o, en un mismo individuo, de una región del cuerpo a otra. Según quienes sean el dador..

HOMBRE: Un hijo de puta.

VOZ DEL HOMBRE: ... y el receptor...

HOMBRE: Otro que tal.

VOZ DEL HOMBRE: ... se distinguen cuatro tipos de trasplante. Trasplante autólogo o autóctono, en el que el dador y el receptor son el mismo individuo.

HOMBRE: Este no es.

VOZ DEL HOMBRE: Trasplante isólogo o singénico, entre individuos idénticos desde el punto de vista inmunitario, que presentan idénticos antígenos L.H.A.

El hombre aparta la vista del libro tratando de comprender lo leído.

VOZ DEL HOMBRE: Es el caso de trasplante entre gemelos univitelinos.

HOMBRE: ¡Ah, ya!

Vuelve a la lectura.

VOZ DEL HOMBRE: Trasplante homólogo, entre individuos distintos de la misma especie, con grado de identidad H.L.A. variable. Es tanto el caso de trasplante entre hermanos no gemelos univitelinos como entre humanos sin parentesco.

HOMBRE: Ahí está. Porque el siguiente...

VOZ DEL HOMBRE: Trasplante heterólogo o xenogénico, entre individuos de diferente especie. Por ejemplo, entre conejo y ratón.

HOMBRE: Éste no. Es el otro, el...

VOZ DEL HOMBRE: Homólogo.

HOMBRE: El homólogo, sí.

VOZ DEL HOMBRE: Los trasplantes de órganos plantean dos tipos de problemas, unos puramente técnicos, en gran parte ya resueltos, y otros

inmunológicos, que supeditan el pronóstico. Receptor y donante deben presentar unas características muy afines en el terreno inmunológico para evitar los fenómenos de rechazo.

HOMBRE:

Equilicúa.

VOZ DEL HOMBRE:

Estos problemas limitan las posibilidades de los trasplantes de órganos, cuya realización presenta, además, problemas médico-legales.

HOMBRE:

¿Entonces por qué cojones los hacen?

VOZ DEL HOMBRE:

Sin embargo, en los últimos años, los avances han sido gigantescos. Se estima que cerca del cincuenta por ciento de los riñones trasplantados siguen funcionando correctamente trascurridos diez años.

El hombre escucha su propia voz embobado.

VOZ DEL HOMBRE:

En cuanto a los trasplantes cardíacos, los hospitales españoles realizaron hasta 1988 más de cincuenta intervenciones, con una supervivencia del ochenta y cinco por ciento al año de seguimiento. Los datos actuales dan fe de los enormes progresos que se han producido en esta especialidad quirúrgica. Lo mismo cabe decir de los trasplantes hepáticos. En el

mundo se han llevado a cabo más de quinientas intervenciones, con un porcentaje de supervivencia que supera el cincuenta por ciento anual. En España, en las veinticinco primeras operaciones realizadas, la supervivencia fue del noventa por ciento. Menos problemas presentan los trasplantes de córnea y elementos óseos. La córnea no posee irrigación vascular y en los trasplantes de hueso se utilizan a menudo tejidos muertos, por lo que no se producen casos de rechazo.

Cierra el libro bruscamente.

HOMBRE:

Todo por hacer. Todo. El cabrón me ha tomado el pelo. Se ha hecho el muerto y luego se ha fragmentado y se ha camuflado en otros cuerpos. ¿Dónde le busco ahora? ¿Dónde? ¡Maldita sea! Sería más fácil, si pudiera, empezar desde cero. Pero no se puede. ¡Un tiro a la cabeza es suficiente! ¿Mentira? A la cabeza, al corazón, a los cojones... Tiros hasta convertirle en un amasijo de carne. Seré gilipollas. Lo tengo a huevo y escapa vivo.

El hombre habla por un teléfono celular.

HOMBRE:

No. No puedo creer que no sepa quiénes son y a que se dedican. Usted autorizó los trasplantes. Muchos órganos de su marido viven en otros cuerpos. ¿No se ha preocupado de saber en cuáles? (...) Sí, señora. He ido al hospital. Ellos no pueden facilitar esa información. Usted, sí.(...) ¿Tanto interés?¿Yo? Verá. Soy periodista. Ya se lo dije antes. (...) Independiente. *(Empieza a recorrer, en viajes de ida y vuelta, un largo pasillo)* No, no pertenezco a ningún medio concreto. Soy una especie de francotirador. Así me siento más libre. Bueno, le decía que me llamó la atención todo lo que vino después del atentado. Me refiero a que, en esos momentos tan dramáticos, de pronto a alguien se le ocurre que, donando algunos órganos, pueden salvarse vidas. (...) De acuerdo que era la voluntad de su esposo, pero él no pudo manifestarla. Lo hizo usted. (...) Se sentía amenazado. En alguna ocasión lo habían hablado. (...) ¿Me permite que le diga una cosa? El gesto de su marido, o el de usted haciendo posible que se cumplieran sus deseos, no puede quedarse en noticia de un día. Hay que hablar de ello. Por muchas razones, se-

ñora. Ha sido un derroche de generosidad. Gracias a ella van a recuperar la salud... ¿cuántas personas? (...) Ojos, riñones, hígado, corazón... ¡Figúrese! Cinco, seis enfermos, los que sean, van a beneficiarse de los trasplantes. (...) Entiendo. No quiere que se de más publicidad al hecho... Comparto con usted que los actos humanitarios tienen más sentido cuando no se anda pregonándolos. Sin embargo, he hablado de otras razones. (*Cada vez más nervioso, camina a grandes zancadas*) Por favor, señora. Déjeme que se las exponga. Estoy seguro de que cambiará de opinión. (...) Es muy importante lo que voy a decirle. Su marido vive. (...) Ha oído perfectamente. Vive. No es una broma de mal gusto. ¡No cuelgue! ¡No cuelgue! Concédame un minuto, medio. (...) Gracias. Sus asesinos han errado el tiro. (...) Sí, eso he dicho. Errado el tiro. Su marido le ha hecho una pedorreta a la muerte. Está empezando a vivir en otros. Mi propósito es averiguar sus nombres, conocerlos personalmente, hablar con ellos. Será asombroso comprobar que no sólo han recibido unas vísceras, sino también las ideas de su esposo. (...) ¿No lo cree? ¿Por qué? (...) Eran de él. Conforme. ¿Pero dónde se aloja el pensamiento? ¿Sólo en la mente? ¿Quién asegura que no anda repartido por todo el cuerpo y que

cada cual ha recibido una parte?(...)
¿Loco? ¿Loco yo? ¿Por preocuparme de algo que a usted debiera importarle tanto o más que a mí? ¿Pero con qué clase de mujer estoy hablando? Dígalo de una vez.
¿Piensa seguir ocultándome quiénes son los receptores? ¿Me cree tan imbécil como para tragarme que no quiere saber en que pecho late el corazón de su marido o en que coño hurgará su polla? Porque también le habrán trasplantado la polla para que siga engendrando hijos de puta. (...)
¡No me insulte! ¡Él sí es un hijo de puta!
¡Él! ¡Solo un hijo de puta enfermo puede consentir que metan toda su porquería en otro cuerpo! (...) Enfermo de cáncer. De cáncer ideológico. Como lo oye. Es el peor. Se reproduce a velocidad de vértigo. ¿Qué ha sido de sus sentimientos? ¿Se han esfumado? ¡Váyase a la mierda! Yo buscaré a esas personas. No saben lo que llevan encima. (...) ¿Me oye? ¡Oiga! ¿Me oye?

Se detiene. Aparta el teléfono de la oreja y lo contempla. Lo apaga.

Dependencias administrativas de un hospital. Archivadores abiertos y un sillón del que solo se ve el respaldo. Las cuerdas que le rodean, delatan que en el asiento hay alguna persona inmovilizada. Un gorro caído en el suelo indica que se trata de una enfermera. El hombre saca de los cajones carpetas repletas de papeles. Tras examinarlas las deja caer a sus pies. Interrumpe la tarea y se encara con la enfermera.

HOMBRE:

Vamos a ver si he entendido bien. Los datos son secretos y la mejor forma de que lo sean de verdad es destruyendo la información que identifica a los donantes de órganos y a los receptores. ¿Es eso, no? O sea, que aquí no hay un maldito papel que diga a dónde va a parar, por ejemplo, el riñón que le quitan a un muerto. Y quiere que me lo crea. Pero yo no me lo creo. ¡Es mentira! ¡Quiero esos papeles y voy a encontrarlos!

Sigue la búsqueda. La falta de resultados positivos le crispa hasta el extremo de que apenas repara en el contenido de las carpetas, que arroja violentamente al suelo.

Sala del Juzgado de Instrucción. El hombre, con las manos esposadas, permanece sentado en una silla.

HOMBRE:

No los encontré. Sin duda estaban en lugar seguro, a buen recaudo. Pero insistía en que no había papeles, en que ella misma se había ocupado de destruirlos. «¿Usted? ¿Por qué usted?», le pregunté. Tuve que darle unas cuantas guantazos para que confesara que era la coordinadora de trasplantes del hospital. Le pedí que me diera la información que buscaba. «No puedo», me dijo. «¿No puede o no quiere?». «Ni lo uno, ni lo otro», respondió. Se negaba a colaborar. Con mucha educación insistí y ella erre que erre. Dos hostias más la convencieron de que ése no era el camino. Aunque el que tomó no resultó mejor. Quiso hacerme creer que había olvidado todo lo relacionado con el asunto. Juraba que ni siquiera recordaba qué médicos habían hecho los trasplantes. Tuve necesidad de emplearme a fondo para que recuperara la memoria. La verdad, es que tampoco sirvió de mucho. Se empeñó en que me tragara historias disparatadas. Poco menos que, desde que existe esa ley absurda, a los cirujanos les vendan los ojos mientras despiezan a los difuntos o cuando hacen los trasplantes. O que los órganos indultados se paseen por el hospital sin que el personal sepa de dónde vienen o a dónde van. (...) Bueno, sí, reconozco que estoy exagerando. Lo que quiero

decir es que esa mujer estaba jugando conmigo. Así que la hablé sin rodeos. Para empezar, le dije que yo era el autor del disparo que había enviado al fulano aquél al hospital. Luego, le reproché los esfuerzos que hicieron por salvarle, pero sobre todo que decidieran trocear su cuerpo para repartirlo. A continuación, la hice saber que no pararía hasta enviar al otro barrio a todos los que llevaban encima uno de aquellos repugnantes pedazos de carne. Y, por último, reclamé una vez más la información que necesitaba para rematar el trabajo. Dijo que estaba pirado, me insultó, pidió auxilio, me convencí de que, con ella, estaba perdiendo el tiempo, se agotó mi paciencia... La tapé la boca para que no gritara, pero también para que no la abriera más. Volvería a buscar entre los papeles. Lo hice en cuanto dejó de respirar. En algún sitio tenía que estar la lista de los que esperaban recibir trasplantes durante los días en que actué. No podían ser muchos. ¿Diez, doce, veinte tal vez? No di con ella. Tampoco con la de los pacientes que habían pasado por el quirófano por aquellas fechas. Llegue a la conclusión de que, en efecto, toda la información había sido destruida. Nada que hacer, pues. Dejé a la enfermera tirada entre las carpetas y salí del despacho. En un pasillo me crucé con un hombre joven. Era un paciente. Nuestras miradas se encontraron. Los dos nos asustamos. Echó a correr y yo, tras él. Le alcancé. Se arrimó a la pared y trató de cubrirse el rostro con las manos. Sus ojos eran los del hombre al que dis-

paré. Saqué la pistola y le descerrajé un tiro. Una cosa estaba clara. Las personas en las que se había instalado el tipo, estaban todavía hospitalizadas. Era una ventaja, aunque con los restantes no encontraría las mismas facilidades. Se puede reconocer unos ojos, pero ¿cómo saber en que pecho palpitaba su corazón? Desde luego, en alguno de los que le tuvieran cruzado por una gran cicatriz todavía tierna. Mi campo de acción estaba en las secciones de cirugía cardiovascular, en la de nefrología... Las recorrí una y otra vez. Charlaba con la gente. A la gente solo le interesaba lo del asesinato de la enfermera y del muchacho joven. Nadie hablaba de otra cosa, ni siquiera de sus enfermedades. Pero iba consiguiendo datos, me fijaba en las cicatrices. Buscaba pistas que me ayudaran a estrechar el cerco y poco a poco las encontraba. Al tiempo, fui trazando una estrategia que me permitiera llegar hasta el final. (...) ¿Qué dice? ¿Reconstruir los hechos? ¿Yo? ¿Es necesario? ¿Que me levante?

El hombre se pone en pie.

Interior del hospital. En un pasillo, un maniquí vestido con pijama. El hombre está frente a él. Sostiene en la mano una pistola.

HOMBRE: Sí, esta era la distancia. *(Alza el brazo y apunta al maniquí)* Saqué la pistola y disparé. A los ojos. Rotos para siempre. *(Aprieta el gatillo, pero no sale el disparo)* Está descargada. Claro. La reconstrucción no se hace con fuego real.

El maniquí tiene un orificio entre las cejas. De él brota abundante sangre, que resbala por el rostro y empapa el pijama.

El siguiente fue el del costurón en el pecho. Iba a tiro hecho. Fui a su habitación. Estaba levantado. No se le veía la cicatriz, pero la tenía. Días antes le sorprendí mostrándosela a algún pariente. Hablaban de su nuevo corazón. Por suerte no había nadie cerca, de modo que hice un trabajo rápido y limpio. *(Le busca con la mirada)* ¿Dónde está? *(Aparece otro maniquí)* ¡Allí! *(Alzando la pistola)* ¿Puedo? *(Nuevo disparo)* Cayó redondo.

También mana sangre de la figura. El hombre se vuelve hacia el frente.

No sigo. Es bastante. (...) ¿Sí? ¡Ya lo sé! No hace falta que me lo recuerde. Hubo un tercero, y un cuarto, y un quinto... (...) ¿De las manos? No, el

asunto no se me fue de las manos. Simplemente, se complicó. Pero hice lo que tenía que hacer. Llegué hasta donde pude. Ustedes no se van a reír de mi. Por muy jueces o fiscales que sean. Ni esos maderos, tampoco. Si quieren reírse, al circo. Aquí no hacemos nada. La función ha terminado. ¿Por dónde se sale?

Cuando el hombre se dirige hacia el fondo, en busca de la salida, encuentra, ante él, un maniquí igual a los que acaba de destrozar.

Aparta. Fuera de ahí. ¡Se acabó la reconstrucción! Quiten a ese monigote de mi vista. ¡Ya! ¡Ya mismo! ¿Qué es lo que quieren? ¿Qué caiga otra vez en la trampa? ¿Es eso?

Un tiro tan certero como los anteriores rompe el tercer maniquí. Al punto, por todas partes surgen figuras idénticas: en las puertas de las habitaciones, en los pasillos, en las escaleras, en los ascensores... El hombre dispara en todas las direcciones. Las paredes del hospital, convertidas en laberinto de espejos, multiplican la sangrienta escena. En medio de ella, el hombre saca su teléfono celular, marca un número y habla.

¡Estaba a punto de conseguirlo! ¡Lo juro! Era el tercero. Le tenía a tiro. Le doy pasaporte. De pronto, acude gente. Me esperaban. Los muy cabrones me esperaban. Disparo. Disparo. A los pacientes, por si son los que busco. A los celadores, a los guardias de seguridad y a los policías, para que no me cojan. No me dejo atrapar, pero tam-

poco puedo seguir el plan establecido. Los camilleros no hacen caso de los heridos. Los dejan que se desangren. En cambio, se llevan a los muertos. No al tanatorio. A los quirófanos. Para trasplantar sus órganos. Y en eso siguen. Todo forma parte de una estrategia. Se han propuesto que el hijo de puta esté en todas partes. En el tiempo que empleo en matar a uno, ellos hacen cinco trasplantes. A última hora, cuando los quirófanos estaban saturados, han empezado a llevar los cadáveres a la cocina, y los cocineros a hacerlos picadillo y a echarlos a la comida de los enfermos. Está probado que quienes se alimentan de la carne de otros, asimilan sus pensamientos. Las ideas del tipo andan ya en docenas de cabezas. A este paso, muy pronto, en miles. La metástasis va camino de ser total. (...) ¿Me preguntas en serio que en qué podéis ayudarme? ¡No os necesito! ¡No soy yo el que os necesita! ¡Es la causa! (...) ¡Estoy pidiendo dinamita! ¡Dinamita para volar el hospital!

El hombre arroja al suelo el teléfono celular y, antes de hacer lo mismo con la pistola, realiza un último disparo al aire. Después, con gesto de cansancio, alza los brazos pidiendo tregua. Durante algunos segundos, permanece pensativo. Luego habla como un iluminado.

¿A cuento de qué esas sonrisas? No llegó a tiempo la dinamita. Es todo. Pero la batalla no está perdida. Si el pensamiento podrido de aquel hombre ha encontrado eco en otros, tened por

seguro que lo apagaremos. Si para ello hay que matar a medio país, se mata a medio país. Somos capaces de eso y de más. ¿Desvarío? ¿Sufriamiento inútil? ¿De que hablas, juez de mierda? Me da en la nariz que llevas encima alguna de esas vísceras a las que he perdido de vista. Cuídate. Cada vez que dictes sentencia contra uno de los nuestros, mira antes debajo de la poltrona por si te han puesto una bomba lapa. Los demás, cuidaos también. Perteneceís a la misma tribu. Lleváis la misma mala sangre. Todos vosotros sois él. Ah, y no me volváis a llamar Juntacadáveres. Ni en broma. No me gusta nada.

AÑOS DESPUÉS

Salón de una cafetería. Sobre una mesa situada en un lateral, lejos de la entrada, hay un vaso largo con cubitos de hielo -tal vez, un «gin-tonic»-, un cenicero con un cigarrillo a medio consumir y un periódico abierto. En el suelo, junto a una silla, un maletín de mano. Del perchero cercano pende un abrigo de paño de hechura clásica. Un hombre de poco más de cuarenta años entra y se detiene junto a la puerta. Viste traje de pana y jersey de cuello alto y lleva consigo un gastado portafolios. Observa en silencio como el invisible ocupante de la mesa repasa, a la escasa luz que llega a ese rincón, los titulares del diario mientras consume la bebida a cortos y espaciados sorbos. Permanece inmóvil el tiempo necesario para retener sus rasgos y captar sus gestos más habituales. O quizás el que ha tardado en decidirse a presentarse ante él. Lo hace al fin tras recorrer lentamente el espacio que les separa.

HOMBRE: Perdone que le moleste. (...) No, no nos conocemos. Al menos, personalmente. (...) No me he equivocado de persona. Hace veinte años, su padre fue víctima de un atentado. Murió de un disparo en la cabeza. ¿Fue así? (...) Al hombre que le mató le cayeron treinta años de cárcel. ¿Recuerda? Ayer se cumplían las tres cuartas partes de la pena y fue puesto en libertad condicional. *(Hace una pausa)* Ese hombre soy yo.

Escruta el rostro del otro.

¿No dice nada? ¿No quiere saber qué me trae aquí? Cuando me condenaron, usted dijo que tarde o temprano yo sería puesto en libertad y que, mientras ya nunca volvería a ver a su padre, cabía que nosotros coincidiéramos en cualquier lugar. Como así ha sido. No nos ha reunido el azar, sin embargo. Yo le he buscado. (...) No se vaya, por favor. No se trata de una provocación. Comprendo que mi presencia le desagrade. Lo siento, pero no me ha sido fácil dar este paso. De verdad. No me iré sin que me haya escuchado. (...) Gracias. ¿Le importa que me siente? (...) Le comprendo. (...) Me he preparado para este momento, creame. Y cuando llega, uno no sabe por dónde empezar. Quizás por el principio, explicando las razones de mi militancia. Pero, ¿de qué serviría? Ha llovido tanto desde entonces que han dejado de tener importancia. De si ha servido para algo... Vistos los resultados, no. Desde el punto de vista... militar, la situación está donde estaba. Estancada. Los objetivos, sin cumplir. Las esperanzas, se supone que vivas. Eso vale para los dos bandos. Las espadas siguen en alto. Por lo que a mi respecta, durante los primeros años de cárcel contemplaba las cosas con optimismo. Luego, a medida que pasaba el tiempo y la pelota seguía en el tejado, me fui haciendo más y más escéptico. Y, sin embargo, no se sabe por qué, uno sigue en la brecha. La estancia en la cárcel no me apartó de la lucha. Sigues en ella, desde dentro. Vives integrado en el colectivo de presos. Planeas acciones políticas, pasas información, firmas manifiestos, te llegan noticias de fuera, noticias buenas, claro,

para que el ánimo no decaiga. Finges no ver que, a tu alrededor, la euforia de los más débiles se apaga poco a poco y que los veteranos se emplean a fondo para que el grupo no se rompa. Usan con los compañeros que se salen del camino trazado la violencia que antes reservaban para los funcionarios. Así es el frente carcelario. Un día ocurre algo que te impide seguir con los ojos cerrados. Uno de los nuestros aparece ahorcado en su celda. Silencio sobre los verdaderos motivos que le ha llevado a quitarse de enmedio. Se acusa al enemigo de su muerte. No ha sido él quien se ha matado. Otros le han empujado a hacerlo. Los de fuera le organizan homenajes. Se hace bandera de su muerte. Mientras todo eso sucedía y yo no lograba quitarme de la cabeza la visión del compañero suspendido en el aire, un funcionario me entregó un sobre que habían encontrado entre sus pertenencias. Un sobre grande, de esos acolchados. Para entregar a... Había escrito mi nombre antes de dar el terrible paso. Lo abrí. Estaba lleno de recortes de prensa. Entre ellos, unas cuantas fotos. De personas. Eran algunas de las que habían muerto cuando activó la carga del coche bomba. Fue su primera y única acción. Estaba pendiente de juicio.

Abre el portafolios y extrae varias fotos que deja sobre la mesa. Retrocede un par de pasos y guarda silencio durante unos segundos mientras observa al otro.

Los recortes se referían a los detalles de la acción. A cómo fue detenido. Pero sobre todo a esas personas. Informaban de quienes eran, de sus vidas. Había subrayado algunos párrafos en los que se aludía a cosas

que desconocía cuando activó la bomba. Sabía que iba destinada a un militar. Quizás conociera su nombre. O no. A veces sucede. Hay alguien que elige a la víctima, la señala y da la orden de ejecutarla. Pudo haber ocurrido así. De las otras víctimas lo ignoraba todo. Al chofer y al escolta, es posible que les viera antes, que se fijara en ellos. Las demás, pasaban por allí en el momento de la explosión. A esas las había elegido el azar. Durante los días siguientes se me iban las horas contemplando esas fotos. Y leyendo los recortes... ¿De verdad quiere que me sienta?

El hombre se sienta enfrente del otro.

Gracias. No, no tomaré nada. (...) Le decía que leía los recortes. Lo que estaba subrayado, sobre todo. Voy a confesarle algo. Cuando uno realiza un atentado siente la satisfacción del deber cumplido. No siente ningún remordimiento por haber provocado muertes accidentales. En todas las guerras hay víctimas ajenas al conflicto. Son lo que se llama daños colaterales. Esos eran mis sentimientos después de cada actuación. Seguramente esos fueron, tras la explosión del coche, los del compañero que se ahorcó. Me da la sensación de que más adelante, estando ya detenido, cambiaron. De que empezó a establecer diferencias entre las víctimas. Víctimas justas y víctimas inocentes. Entre las justas, el militar sentenciado. También el chofer y el escolta. Hacían su trabajo conociendo los riesgos. Seguramente cobraban un plus de peligrosidad. Son gajes del oficio. En el otro lado, las demás. Viendo la violencia de los trazos con que subrayó las noticias que se referían a

ellas, uno entiende que se convirtieron en una obsesión para él. Pero volvamos a los recortes. Yo los leía una y otra vez con las fotos delante. No me pregunte por qué. No sabría responderle. Llegué a hacerlo tantas veces que podía repetirlos de memoria. Por la noche, con los ojos cerrados, pero despierto, tardaba mucho en dormirme, ¿sabe?, repasaba la información que tenía sobre esas personas y reconstruía, hasta donde me era posible, sus vidas. Las vidas de todos. (*Mostrando la primera foto*) Esta mujer acudía a su trabajo, como cada mañana. Era dependienta en unos grandes almacenes. Tenía marido y dos hijos. El marido era representante de unas bodegas. Los hijos iban al colegio. Quince años, la mayor. Doce el pequeño. (*Pasa a la foto siguiente*) Un estudiante de arte dramático. Acababa de salir de la panadería con una botella de leche y un paquete de galletas. En el momento de la explosión estaba comprando el periódico en el quiosco. (*Mientras prosigue los comentarios, las fotos, depositadas una a una sobre la mesa, van adquiriendo la apariencia de las cartas extendidas de una baraja*) Un mendigo. Es la foto del cadáver. Fue imposible identificarle. Solía dormir entre cartones, delante del cierre metálico de un local que llevaba cerrado varios meses. Se le vino encima una lluvia de cascotes y de cristales. No murió en el acto. Creía que había sido un accidente. Una explosión de gas. O algo parecido. Un atentado, no. «¿Cómo nos van a hacer estas cosas a los pobres?», decía en la ambulancia. (...) La niña. La niña, sin más. Tampoco supo que había sido víctima de un atentado. (...) Profesora. Tiene cara de profesora, ¿verdad? Daba clases en un instituto. Iba a casarse pronto, con

otro profesor. Lo contó él, delante de su cuerpo destrozado. Vivían juntos. Acababan de despedirse. Ella iba hacia la parada del autobús y él hacia la boca del metro. La explosión se produjo cuando bajaba las escaleras. (...) Éste era ginecólogo. Pasaba consulta en una clínica privada. Tenía su vehículo aparcado junto al coche bomba. Estaba poniendo el maletín en el asiento de atrás. (...) Contable. Contable en paro desde unos meses antes. Trabajaba en una empresa constructora que suspendió pagos. Estaba separado. Los hijos, tres, vivían con la madre. Aquel día salió a la calle antes de lo acostumbrado. Le comentó al portero que le habían citado para ofrecerle algo no demasiado interesante, pero que le sacaría de apuros. También le dijo que estaba a punto de rehacer su vida. (...) Atractiva, ¿no cree? Me recordaba a una compañera de colegio. Seguramente era ella. Trabajaba de secretaria en una multinacional. En ese preciso momento, llamaba a un taxi. (...) Un recién jubilado. Acababa de cambiar el ajetreo de la gestoría por el paseo diario hasta el parque.

El hombre interrumpe sus comentarios, pero todavía continúa dejando caer fotos sobre la mesa. Cuando quedan vacías sus manos, habla de nuevo.

Del chofer del militar y del escolta no hay fotos. El chofer era un soldado a punto de licenciarse. Tuvo la desgracia de saber conducir. En cuanto al escolta, averigüé que había pedido serlo para aumentar sus ingresos. Su sueldo de policía era insuficiente para sacar adelante a su familia. Un montón de vidas segadas al mismo tiempo. Luego otra, la del que las segó. Cuando

supe que se aproximaba mi puesta en libertad, tuve la sensación de que yo era un cadáver a punto de resucitar. No lo era. Ya lo sé. Pero pisar de nuevo la calle al cabo de tantos años suponía empezar otra vida. Quise imaginarla y, al hacerlo, no pude evitar imaginar también como hubiera sido la vida de estos seres si no estuvieran muertos. Lo hice sin poner límites al tiempo. No me ceñí al que realmente había transcurrido desde el día del atentado. Fui más lejos. Avancé hacia el futuro. La niña había crecido. Fue alumna de la profesora con la que coincidió aquel día a aquella hora. Se aficionó al teatro y vio al estudiante de arte dramático convertido en un actor famoso. Yo mismo le vi actuar en dos o tres ocasiones. La profesora tuvo hijos. El ginecólogo la atendió en los partos. A ella y a cientos de mujeres. Con toda probabilidad, él hubiera ayudado a nacer a los hijos del que causó su muerte, si los hubiera tenido. A los míos, también. Ayudó a los del contable y la mujer con la que rehízo su vida. La entrevista a la que nunca llegó, se resolvió favorablemente para él. Encontró un trabajo mejor de lo esperado. El mendigo no ha sobrevivido. Pero el jubilado, en uno de sus paseos, reparó en él y le dio conversación. Entablaron amistad. Logró que le ingresaran en un asilo y, por lo menos, sus últimos días fueron menos duros. El soldado que conducía el vehículo del militar, se licenció y se hizo taxista. Primero, asalariado. Luego, le compró el taxi al dueño. La dependienta de los grandes almacenes y su marido regentan un pequeño negocio de alimentación. A la secretaria la vi una vez en una cafetería. Me reconoció. En efecto, habíamos sido compañeros de colegio. Hablamos un buen rato. Me dijo que, cuando se casó,

dejó su puesto en la multinacional y se integró en la empresa de componentes electrónicos de su marido. Pensaban ampliar el negocio. La plantilla crecería de doce a ochenta empleados. Se la veía feliz. Le dije que yo tenía estudios de ingeniería industrial. Los tenía, sí. Que buscaba trabajo. Me dio su tarjeta. Fui empleado suyo durante un par de años. Ahora soy un profesional libre. El escolta dejó de solicitar servicios especiales en cuanto tuvo colocados a sus hijos. Regresó a la comisaría. Su mujer y él viven solos, sin agobios económicos. El militar acabó participando en misiones de paz o humanitarias por medio mundo. Cuando llegó el momento, pasó a la reserva y se entretiene leyendo biografías de hombres célebres. Del terrorista que se suicidó en la cárcel, nada sé, pues en esta otra vida que me he ido inventando nunca estuve preso en ella y, por tanto, no le conocí. Las noticias sobre ese suceso las tuve por la prensa. Seguramente, usted también las leyó. En una ocasión vi a su padre. Me sobresalté. No por lo que usted supone. No por verle vivo, como puede imaginarse, dadas las circunstancias, sino porque no había ninguna razón para que le conociera. Por favor. No me malinterprete. No pretendo negar que le maté. Lo hice, pero en este juego imaginario todos los personajes viven, porque esa es mi voluntad. Quería encontrarlos en la calle, cuando la pisara de nuevo. Si ellos estaban, significaba que estos papeles que le muestro forman parte de un mal sueño. Pero salí en libertad y no di con ellos.

El hombre coge el vaso que hay sobre la mesa y lo bebe de un trago.

Perdone. Lo necesitaba. Necesitaba beber algo.

Fija la mirada sobre la mesa y guarda silencio.

¿Dice? (...) ¡Oh, no! Si acaso, luego. Un café. Una copa. Cualquier cosa, ya veremos. (...) Una sola persona me esperaba al otro lado de la verja. Yo había pedido que no estuviera mi familia. Esa persona era la que me había captado y formado hacía casi veinticinco años. La que había ordenado todas mis actuaciones. Me abrazó con fuerza. Subimos a su coche. Dejamos el penal atrás. Yo, además, veinte años de mi vida. Cuando llegamos a la ciudad, advertí por todas partes pintadas a favor de nuestra causa. También carteles, muchos carteles, con rostros en medio de dianas. Gente había poca. Traté de encontrar a alguna de las personas que aparecen en estas fotos. Al ginecólogo, a la secretaria, al actor, a la niña... En vano. Hubo algo que me llamó la atención. Un transeúnte se detuvo ante uno de los carteles y, al cabo de unos segundos, miró a su alrededor con desconfianza y se alejó a toda prisa. Se había reconocido en la imagen señalada por la diana. Entonces me di cuenta de que los rostros de los que iban y venían estaban reproducidos en las paredes. Tuve el presentimiento de que muy pronto las calles estarían desiertas. Las imaginé vacías. Es la lógica del espanto. Quise llenarlas. Pero la realidad es tozuda, acaba imponiéndose. En un abrir y cerrar de ojos se borraron todas mis fantasías. Fuimos a un restaurante. Apenas hablamos durante la comida. A los postres, mi acompañante deslizó una pistola bajo su servilleta y la puso a mi alcance. «¿Esto?». «Guárdala», respondió. «¿Para qué?».

«¿Para qué?», insistí. Me miró como si no entendiera la pregunta. «Para qué, sí, para qué». «Comprendo tu impaciencia, pero muy pronto la balanza se inclinará de nuestro lado. Falta el último esfuerzo», me dijo. Di un puñetazo sobre la mesa. «No me interesa saber cuándo tendremos el país que queremos, sino qué clase de país estamos construyendo? ¿Qué proyecto puede alzarse sobre tanto desvarío y sufrimiento? ¿Será posible borrar algún día la memoria de tantos crímenes? ¡Cuántas energías perdidas enterradas en los cementerios o consumidas en las cárceles!». Trató de arrebatarme la pistola, pero no tuvo tiempo. Le disparé a quemarropa y salí del restaurante. Nadie se atrevió a cerrarme el paso. Deambulé durante horas por la ciudad. Arrancaba de las paredes los carteles. No sé en qué momento me acordé de usted y de sus palabras. Por más que he intentado olvidarlas, siempre las he tenido presentes. Sé de sobra que no me estaba emplazando para que, llegado este momento, nos viéramos las caras. Usted se refería a una mera posibilidad, a una hipótesis indeseable. Pero de repente pensé que, tal vez, quisiera echarme en cara que, a pesar de mi crimen, era un hombre libre, mientras que a su padre nadie podía devolverle la vida. Miento. No es eso lo que pensé. Sentí la necesidad de buscarle. Como ve, no me ha sido difícil encontrarle. Tiene ante usted al asesino de su padre. Usted sabe que maté a otras tres personas. No fueron más porque me detuvieron. (*Saca la pistola y la deposita sobre la mesa, al alcance del otro*) Le brindo la oportunidad de vengarse. Me parece que usted no es una persona violenta, que detesta ciertas situaciones y procura evitarlas. Yo, que he hecho lo posi-

ble por conseguir ser así, he fracasado. Apenas he tenido una pistola en la mano, he matado otra vez. Antes por unas razones y ahora, por otras. Quería ser un terrorista arrepentido y voy camino de ser un terrorista justiciero. Sin embargo, volviendo a usted, mientras venía a su encuentro, me he puesto en su lugar y no he dudado de que, al tenerla a su alcance, cogería la pistola y, venciendo sus escrúpulos, me descerrajaría un tiro. Hágalo.

El hombre se levanta y retrocede unos pasos. Aguarda la decisión del otro.

¿A qué espera? Tiene todo el derecho. Nadie va a echárselo en cara. Le felicitarán, incluso. ¿A qué espera, hijo de puta? Su padre se avergonzaría de su falta de coraje.

De nuevo calla.

¿Por qué no me mata, si puede hacerlo impunemente? Le he dado todas las ventajas. Qué pensar de quien, disponiendo de un arma, es capaz de soportar lo que le estoy diciendo sin usarla. O es un cobarde de mierda o es un hombre de cuerpo entero. Usted no ha respondido a mis insultos, pero no ha sido por cobardía. No quiere ponerse a la altura moral del asesino de su padre. Tiene otro talante. Tal vez no me haya perdonado, ni lo haga nunca. Pero no se le pasa por la imaginación causarme daño. ¿Se ha dado cuenta de que ha roto la lógica de esta guerra, de que al golpe recibido, no ha respondido con otro golpe? Con gente como usted, hay esperanzas de tiempos mejores. *(Recupera la*

pistola) Le dejo los recortes y las fotos. Me ha gustado conocerle. Sinceramente. Nuestro encuentro me hace presentir un horizonte sin sangre. ¿Lo duda? Usted lo verá, aunque el rencor le nuble la vista. Yo, no. No merezco contemplar esa visión extraordinaria. Además, los míos lo impedirían. A estas horas deben estar buscándome. No voy a facilitarles la tarea. Alguien va a anticipárseles. Ha podido ser usted, pero no ha querido. (...) ¿Qué me proteja? Sería absurdo. *(Se lleva la pistola a la sien)* Yo soy mi asesino. Escogí el oficio de matar y es lo único que he hecho en la vida. Me he arrepentido de todos mis crímenes, excepto de éste. Es un acto necesario. Es lo único que me acerca a mis víctimas, que les hace justicia.

Dispara, se tambalea y cae.

